

<sup>9</sup> Su discurso vital es él mismo, su prole, y quien pueda alegar derechos que le interesen. Nada importa aquí San Quintín, Lepanto, la Invencible, etc.: trabajo de historiador. Como tampoco el drama o enigma del príncipe don Carlos le interesa si no es porque alguna vez le preguntó al hermano menor de nuestro personaje —el blanco y colorado, atiplado, amanerado y barbilampión Juan de Zamaalloa y Garibay, clérigo capellán de San Ildefonso en Alcalá— «si era capón, y él le dijo que no». (No lo era: tenía un hijo reconocido. *Memorias*, p. 254.)

<sup>10</sup> La acusación, recogida por Caro, es imposible de comprobar por desaparición o destrucción de la supuesta fuente manuscrita.

<sup>11</sup> «No pretendo hacer, en esencia, labor apologética o reivindicatoria, ni polémica» (p. 8). «Nada me importan tampoco los escalafones literarios que hacen los críticos y profesores de literatura con alma de mandarín, o por lo menos de cagatintas a sueldo de un mandarín» (p. 11). En esta misma página hay una declaración interesante para los estudiosos de Caro Baroja: «Nunca he sido un expositor sistemático de mis ideas»; para lo que se remite al profesor D. G. Greenword, de la Universidad de Cornell, que las ha «expuesto de modo clarísimo» («Julio Caro Baroja. Sus obras e ideas», *Ethnica*, n.º 2, Berna, 1971: 79-97).

<sup>12</sup> Estudiarle sí, mas no a lo entomólogo; «No es, pues, un asunto de pura erudición el que me guía» (p. 9).

vez, pero para otros es la salsa del «magisterio a distancia» de don Julio. Antes de adentrarnos, conviene tener en cuenta un hecho que el propio autor enuncia desde el principio: Garibay es uno de esos escritores mucho más nombrados que leídos, y más para mal que para bien. Ciertamente su vida no es de las que apasionan por el movimiento o la densidad. Al contrario, es la de un estudioso burocratizado, un individuo que por sus razones se nos viste de gris oscuro; un autobiógrafo reservado, que en largas y prolijas (llamémoslas) *Memorias* apenas si se nos descubre, como tampoco se da por enterado de sucesos gravísimos que ocurrían a su alrededor, sencillamente porque no pertenecían a su discurso vital<sup>9</sup>. En cuanto a su obra histórica, el llamado *Compendio* es un mamotreto difícil de hallar y leer. Eso sí, la opinión general es que casi ni vale la pena el esfuerzo, pues se trata de una historia crédula, pedisecua, si no plagaria<sup>10</sup>.

Caro dice que no se propone hacer labor apologética<sup>11</sup>. Obviamente, no ha tomado la pluma para encasillar a Garibay, sino para estudiarle<sup>12</sup>, y de su análisis resultarán elementos muy positivos, a su entender. Con todo, en el estudio de Garibay como historiador hay mucha defensa. Y en cuanto a por qué nuestro guipuzcoano resultó especialmente antipático a tantos críticos —empezando por su colega el jesuita historiador Juan de Mariana, que por cierto fue confesor suyo según el propio Garibay—, el libro de Caro no esclarece el enigma.

## Testigo de un cambio social

Cuando uno abre las *Memorias* de Garibay, sin saltarse las farragosas genealogías, prestando atención a lo que dice y a lo que calla, pasando luego a la lectura de su estupenda autobiografía —estupenda, de estupor que produce, por lo que calla y por lo que como por obligación dice—; pues bien, el lector evoca, por la asociación de ideas que llaman por contraste, las *Bienandanzas y Fortunas* de Lope García de Salazar. Muchos se asombran de que en un siglo (XV-XVI) se haya producido tamaña transformación del espécimen vasco: del banderizo al burócrata; o si se prefiere, del bandido al funcionario (también al aventurero, hay que añadir, y al negociante y al santo). No veo mayor enigma histórico en aquella re inserción, que haría sonreír a don Carlos Marx, en alza ahora que han caído las máscaras de tanto falso adepto<sup>13</sup>. Sentido común, adaptación a la realidad. ¿Por qué iba el pueblo a responder por reflejo pavloviano al apellido o alarma de un bragueta pariente mayor acuciado por sus bastardos, así apellidara en vascuence o en castellano, si tras el apellido no le echaba de comer?

El hecho es que el cambio se produjo por pura necesidad. Como en las películas de mafiosos, a mediados del XV ya sólo se llevaba la contabilidad al por menor de la *vendetta*<sup>14</sup>. Tan olvidado estaba el origen de aquel estado permanente de guerra o demencia civil, que el propio Salazar, al preguntarlo, sólo halla una conseja: una porfía sobre si determinado exvoto se había de transportar en las andas a brazos caídos (*oñez*), o a hombros (*gamboa*). Total que los devotos oferentes («oñacinos» de al pie contra «gamboinos» de por alto) vinieron a las manos, y aquel episodio sería toda la sustancia ideológica del quehacer vasco en tiempo tan decisivo para el progreso como fue la transición a la Edad Media<sup>15</sup>. Lo mismo o parecido ocurrió en otras regiones de España y de Europa, con explicaciones igualmente luminosas.

<sup>13</sup> Me permito traer a Marx porque también lo hace Caro.

<sup>14</sup> Como recuerda Caro (p. 54), tanto Garibay como Lope de Isasti comparaban los bandos de la Península con los de Italia.

<sup>15</sup> «Ayuntavanse todos, una vez en el año, el primero día del mes de mayo, a fazer sus cofradías, e levar grandes candelas de cera de dos o tres quintales a las yglesias... El diablo, que siempre se trauaja entre las gentes de poner omeçidas, trauajose entre estas gentes, que eran comunes e viuián en pas de poner mal entre ellos porque çesasen en el seruiçio de Dios, e fallando logar, fizolo en esta manera; que fecha aquella candela una vez, e fuendo juntos para la levar, entrauaron a las andas, e los que primero los trauaron querían las leuar en alto sobre los ombros, que desían en su vascuenge gamboa, que quiere desir a pie; e tanto creçio esta profidia, los unos diziendo gamboa, que la leuasen por alto, e los otros onas, que la leuasen a pie, que ovieron de pelear e morieron muchas

gentes de los vnos e de los otros... e asi fueron leuandados estos linajes e vandos de Oñes e de Gamboa, e duran fasta oy» (Lope García de Salazar, *Las bienandanzas e fortunas*, I, 21; edic. Ángel Rodríguez Herrero, Bilbao, Diputación Foral de Vizcaya, 1984, t. 4, pp. 68-69).

Claro que más adelante da una razón más creíble, sin echarle la culpa al diablo, y a propósito de los costños de Bayona y Guipúzcoa, sobre la primera sangre que fue vertida en ella entre linajes: «e disese que la causa dello fue sobre ynuídja, e a qual varliamas, como fue antiguamente por todo el Vniverso Mundo, entre todas las generaciones que en el avitaron fasta oy, e seran en quanto el Mundo durare» (I, 22; *ibid.*, p. 167. Esto escribía el banderizo Salazar desde comienzos de 1471 hasta 1475).

Para Garibay, oñacinos, mejor oñatinos, viene sencillamente de Oñate, como gamboinos de Gamboa. Las demás etimologías «son fabulosas y muy ridículas» (cit. de su obra *Grandezas*,

en p. 266). Pero pelillos a la mar, «ya en nuestros tiempos, por la misericordia suya (de Dios), está tan olvidado todo, como si nunca tal uviera pasado» (Compendio, 17, 3). Nótese el enfático «nunca casi tal». Y nótese también que, amén del Misericordioso, fueron reyes —Enrique IV, luego los Católicos— quienes de algún modo y a instancia de vascos hartos de la contienda, «ayudaron»; eso sí, pasando factura.

Caro, tras citar su «Linajes y bandos» (en *Vasconiana*, Madrid, 1957, pp. 15-61) y declarar que «desde otro punto de vista es muy importante el libro de Ignacio Arocena Echeverría» (Oñacinos y Gamboinos. Introducción al estudio de la guerra de bandos, Pamplona, 1957), sentencia: «a pesar de lo mucho que hay escrito sobre el tema, nos falta todavía un tratado sistemático», y parece decantarse por alguna vieja marca o contencioso castellano-navarro (pp. 50-51). El hecho es que se pensaba, y se siguió pensando aquí en banderizo, proyectándose luego tal preocupación hasta

época romana. Así, un texto genealógico familiar (siglo XVI) recogido por Ignacio Zumalde en su *Historia de Oñate* (pp. 208-209), citado por Caro, ya traía a dos comilitones de la guerra cántabras, luego rivales el uno del otro: un tal Beleyo, aliado de Gamboa, y otro Orosio, aliado de Oñez, «hechos, de romanos, vizcainos, y de capitanes acompañados, solitarios bandoleros». Vienen a la memoria los astures «blascos» y «coritos» del jesuita Carvalho, que citará Caro en su más reciente trabajo: *Las falsificaciones de la Historia* (en relación con la de España), Barcelona, Seix Barral, 1992, p. 103.

Es razonable que al historiador le preocupe este enigma vasco. Tampoco es ajeno al ecólogo y al economista el que un pequeño país como Euskalerría, de gran variedad geobiológica pero escasa y en precario equilibrio, haya tenido que soportar crónica y recurrentemente la autoagresión de sus diferencias intestinas, justo en momentos clave del envite por un reajuste histórico.

Entre los banderizos vascos los hubo de lengua vasca y castellana, aliados o no según sus conveniencias, pero sin que la historia registre en unos ni en otros la menor conciencia o voluntad política de configurar un pueblo vasco. Maquiavelos no hubo ni en minúscula. O sí en minúscula, pero al revés: como Garibay, empeñado en demostrar que al menos Guipúzcoa pertenecía a la corona de España, veremos eso. Terciarán los señores territoriales (Vizcaya, Álava, Oñate, etc.) como supervivencia de un arcaísmo comendaticio —porque aquí todo eran condados, ínsulas; todo arcaizante, trasnochado, a contrapié de la historia real, y qué bien lo veía el de Cervantes—, en un juego ambiguo que los propios reyes nuevos asumen a beneficio de inventario. Tanto embrollo propiciará la adivinación del pasado: la mitología o mitomanía. Pero nunca inocente, sino siempre renovada en función de nuevos intereses partidarios.

La transformación sociopolítica del país no le curó de mitomanía. Ésta, por el contrario, fue tomando forma canónica, como plasmada en un corpus de antigüedades supuestas y ritos nuevos<sup>16</sup>. Para las viejas tensiones se buscaron otros aliviaderos burocráticos, explorando aljibes jurídicos, tergiversando documentos auténticos, pero también prolongando la vieja tradición diplomática de los privilegios espúreos, o la recién reinventada de los cronicones. En este palenque podían prestar servicios muy útiles los buenos esgrimidores de pluma, como Garibay y tantos otros escribientes o secretarios, pero no tan buenos genealogistas y paleógrafos vascongados, en competencia con las viejas familias conversas<sup>17</sup>.

<sup>16</sup> Recordemos, en el caso de las banderías, el olvidado texto de Alonso de Palencia sobre un curioso rito de los vizcainos para salvaguarda foral: «Tienen disposiciones para rebajar el poderío de los reyes. Así cuando el de Castilla, de quien los vizcainos se confiesan vasallos, visita su provincia (sic), disponen aquellas (las Leyes Viejas) que vaya a la villa de Guernica a pie, descalzo del izquierdo, vestido con sencillo jubón y rústico sayo, llevando en la diestra un ligero venablo, y que al aproximarse a la vieja encina (sic) que en el valle cercano a la población (¿de Luno?) levanta

ta sus robustas ramas, corra hacia ella en presencia de los vizcainos que le acompañan y lance el arma contra el tronco para después arrancarla con la mano. Hecho esto, jura el rey, etc.» (Décadas, II, l. 4, c. 5; trad. de A. Paz y Meliá, BAE 258: 17). Este ritual extraño pudo inventarse para la ocasión, como reminiscencia erudita del héroe Jasón, calzado sólo del pie derecho a la conquista del Velloccino de Oro.

<sup>17</sup> Muy repetido el texto de Pulgar en carta al Cardenal de España, criticando que había más muchachitos «guipuzes» pupilos de conversos para aprender a

escribir, que criados o pajes de señores aprendiendo artes marciales (Hernando del Pulgar, Letras. Glosa a las Coplas de Mingo Revulgo, ed. de J. Domínguez Bardonía, Madrid, 1958, pp. 137-138. Lo cita también Caro en p. 60). Entiendo que el sarcasmo del judío Pulgar llega al colmo cuando designa al País Vasco, y concretamente a Guipúzcoa, con el vocablo moro de axarafe; y eso que se está dirigiendo a un vasco, pero de los auténticos: un alavés Mendoza, Gran Cardenal de España. A vista de este documento, desconcierta Garibay, cuando se refiere a Pulgar como «muy aficio-

nado a la nación guipuzcoana» (Memorias, p. 40).

La relación de parentesco entre vasconavarros y moros figura en noticias del Reino de Asturias, ya desde el siglo IX, a propósito de los condes Eblo y Aznar y de Íñigo Arista. Vecinos los navarros de los muladiés Banu Casi (hijos de Casio), asturianos y castellano-leoneses podían verles como tierra de reconquista.

Sobre la pugna entre conversos y vascos en torno a la prebenda burocrática, cfr. Jon Juaristi, Vestigios de Babel, Madrid, Siglo XXI, 1992, pp. 12-17. El antisemitismo vasco (perfectamente compatible con la asunción de